

J.R.R. TOLKIEN

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN

CUENTOS INCONCLUSOS DE NÚMENOR Y LA TIERRA MEDIA



Ilustrado por

ALAN LEE · JOHN HOWE · TED NASMITH



TOLKIEN

J. R. R. Tolkien

CUENTOS
INCONCLUSOS
de Númenor y la Tierra Media

Introducción, comentario, índice y mapas de
CHRISTOPHER TOLKIEN

minotauro

Cuentos Inconclusos

J.R.R. Tolkien

Título original: *Unfinished Tales of Númenor and Middle-earth*

Publicado por primera vez en tapa dura por HarperCollinsPublishers en 1992

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Unwin Hyman 1980

© The Tolkien Estate Limited and C.R. Tolkien 1980

Mapa de *Beleriand* y de las Tierras del Norte, dibujado por C. R. Tolkien para
El Silmarillion, 1977

Mapas de *Númenor* y *El oeste de la Tierra Media al final de la Tercera Edad*

Ilustraciones © John Howe, 2020

Ilustraciones © Alan Lee, 2007, 2020

Ilustraciones © Ted Nasmith, 2007, 2018

© Traducción de Rubén Masera

Revisión de los textos: Martin Simonson

Revisión de los poemas: Nur Ferrante

Ilustraciones de cubierta: © Alan Lee 2020 (frontal); © John Howe 2020 (contracubierta):

© Ted Nasmith 2020 (solapa de frontal y solapa de contracubierta).

Diseño de cubierta © HarperCollinsPublishers 2020

De la presente edición © Editorial Planeta, S. A., 1984, 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.sociedadtolkien.org



* es una marca registrada del Tolkien Estate Limited

ISBN: 978-84-450-1362-5

Depósito legal: B. 22.990-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook / Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

DE TUOR Y SU LLEGADA A GONDOLIN

Rían, esposa de Huor, vivía con el pueblo de la Casa de Hador; pero cuando llegó a Dor-lómin el rumor de la Nirnaeth Arnoediad, y sin embargo no tuvo nuevas de su señor, empezó a desesperar y echó a andar sola por lugares salvajes. Allí habría perecido, pero los Elfos Grises acudieron en su ayuda. Porque este pueblo tenía una morada en las montañas al oeste del Lago Mithrim; y allí la condujeron y dio allí a luz a un hijo antes de que terminara el Año de la Lamentación.

Y Rían dijo a los Elfos: —Sea llamado *Tuor*, porque ése es el nombre que le dio su padre antes de que la guerra se interpusiera entre nosotros. Y os ruego que lo criéis y lo mantengáis oculto a vuestro cuidado; porque preveo que será ocasión de un gran bien para los Elfos y para los Hombres. Pero yo he de ir en busca de Huor, mi señor.

Entonces los Elfos se apiadaron de ella; pero un tal Annael, el único de ese pueblo que había vuelto de la Nirnaeth, le dijo:

—Ay, señora, se ha sabido que Huor cayó junto a Húrin, su hermano; y yace, según creo, en el gran montón de muertos que los Orcos han levantado en el campo de batalla.

Por tanto, Rían se puso en camino y abandonó la morada de los Elfos y atravesó la tierra de Mithrim y llegó por fin a la

Haudh-en-Ndengin en el yermo de Anfauglith, y allí se tendió y murió. Pero los Elfos cuidaron del pequeño hijo de Huor, y Tuor creció entre ellos; y era blanco de cara y de cabellos dorados, como los parientes de su padre, y se hizo fuerte y alto y valiente, y como había sido criado por los Elfos tenía conocimientos y habilidad semejantes a los de los príncipes de los Edain antes de que la ruina asolara el Norte.

* * *

Pero con el paso de los años, la vida de los habitantes de Hithlum que quedaban todavía, Elfos u Hombres, fue volviéndose más dura y peligrosa. Porque como en otra parte se cuenta, Morgoth quebrantó la promesa que había hecho a los Orientales, les negó las ricas tierras de Beleriand que habían codiciado, y llevó a este pueblo malvado a Hithlum y les ordenó morar allí. Y aunque ya no amaban a Morgoth, lo servían aún por miedo, y odiaban a todo el pueblo de los Elfos; y despreciaron al resto de la Casa de Hador (ancianos y mujeres y niños en su mayoría) y los oprimieron, y desposaron a las mujeres por la fuerza, y tomaron tierras y bienes y esclavizaron a sus hijos. Los Orcos iban de un lado a otro por el país y perseguían a los Elfos demorados hasta las fortalezas de las montañas, y se llevaban a muchos cautivos a las minas de Angband para que trabajaran allí como esclavos de Morgoth.

Por tanto, Annael condujo a su pequeño pueblo a las cuevas de Androth, y allí tuvieron una vida dura y fatigosa, hasta que Tuor cumplió dieciséis años y fue hábil en el manejo de las armas, el hacha y el arco de los Elfos Grises; y el corazón se le enardeció al escuchar la historia de las penurias de los suyos y deseó ponerse en camino para vengarse de los Orcos y los Orientales. Pero Annael se lo prohibió.

—Lejos de aquí, según creo, te aguarda tu destino, Tuor hijo de Huor —dijo—. Y esta tierra no se verá libre de la sombra de Morgoth en tanto la misma Thangorodrim no sea derribada. Por tanto, al final hemos resuelto abandonarla y partir hacia el sur; y tú vendrás con nosotros.

—Pero ¿cómo escaparemos a la red de nuestros enemigos? Porque sin duda la marcha de un número tan crecido no pasará inadvertida.

—No avanzaremos al descubierto —dijo Annael—, y si la fortuna nos acompaña, llegaremos al camino secreto que llamamos Annon-in-Gelydh, la Puerta de los Noldor; porque fue construido con la habilidad de ese pueblo, mucho tiempo atrás, en días de Turgon.

Al oír ese nombre Tuor se sobresaltó, aunque no supo por qué; e interrogó a Annael acerca de Turgon.

—Es un hijo de Fingolfin —dijo Annael— y es ahora considerado Alto Rey de los Noldor desde la caída de Fingon. Porque vive todavía, el más temido de los enemigos de Morgoth, y escapó de la ruina de la Nirnaeth cuando Húrin de Dor-lómin y Huor, tu padre, defendieron tras él el Paso del Sirion.

—Entonces iré en busca de Turgon —replicó Tuor—; porque sin duda me ayudará en consideración a mi padre.

—No podrás —dijo Annael—. Porque la fortaleza de Turgon está oculta a los ojos de los Elfos y de los Hombres, y no sabemos dónde se encuentra. De entre los Noldor, quizá, algunos conocen el camino, pero no lo revelan a nadie. No obstante, si quieres hablar con ellos, acompáñame como te dije; porque en los puertos lejanos del Sur es posible que te topes con viajeros que vengan del Reino Escondido.

Así fue que los Elfos abandonaron las cuevas de Androth, y Tuor los acompañó. Pero el enemigo vigilaba sus moradas y

no tardó en advertir la partida de los Elfos; y no se habían alejado mucho de las colinas cuando fueron atacados por una gran fuerza de Orcos y Orientales, y quedaron esparcidos por todas partes mientras huían hacia la caída de la noche. Pero el corazón de Tuor ardió con el fuego de la batalla, y se negó a huir, y aunque no era más que un niño blandía el hacha igual que su padre antes que él, y se mantuvo firme durante mucho tiempo y mató a muchos de los que le atacaron; pero por fin fue superado y hecho cautivo y llevado ante Lorgan el Oriental. Ahora bien, este tal Lorgan era considerado el capitán de los Orientales y pretendía regir toda Dor-lómin como feudo de Morgoth; e hizo de Tuor su esclavo. Dura y amarga fue entonces la vida de Tuor; porque complacía a Lorgan darle un tratamiento más cruel todavía que el acostumbrado por ser del linaje de los antiguos señores, y pretendía quebrantar, si podía, el orgullo de la Casa de Hador. Pero Tuor fue prudente, y soportó todos los dolores y contratiempos con vigilante paciencia; de modo que con el tiempo su suerte se alivió un tanto, y al menos no pereció de hambre como les ocurría a muchos de los desdichados esclavos de Lorgan. Porque tenía habilidad y fuerza y Lorgan alimentaba bien a sus bestias de carga mientras eran jóvenes y podían trabajar.

Pero al cabo de tres años de servidumbre Tuor vio por fin una oportunidad de huir. Había crecido mucho en estatura, y era ahora más alto y más rápido que ninguno de los Orientales; y habiendo sido enviado junto con otros esclavos a hacer un trabajo en los bosques, se volvió de pronto contra los guardias y los mató con un hacha y escapó a las colinas. Los Orientales lo persiguieron con perros, pero de nada sirvió; porque casi todos los perros de Lorgan eran amigos de Tuor, y si lo alcanzaban, jugaban con él, y volvían a su casa cuando él así lo ordenaba. De este modo regresó por fin a las cuevas de Androth

y se quedó allí viviendo solo. Y durante cuatro años fue un proscrito en la tierra paterna, torvo y solitario; y era temido, porque salía con frecuencia y mataba a muchos de los Orientales con los que se topaba. Entonces se puso un alto precio a su cabeza; pero nadie se atrevía a acercarse a su escondite, aun con fuerzas numerosas, pues temían a los Elfos y esquivaban las cuevas donde habían habitado. Sin embargo, se dice que las expediciones de Tuor no tenían como propósito la venganza, sino que buscaba sin cesar la Puerta de los Noldor, de la que había hablado Annael. Pero no la encontró, porque no sabía dónde buscar, y los pocos Elfos que habitaban aún en las montañas no habían oído hablar de ella.

Ahora bien, Tuor sabía que, aunque la fortuna aún lo favoreciese, los días de un proscrito están contados, y son siempre pocos y sin esperanza. Tampoco estaba dispuesto a vivir siempre como un hombre salvaje en las colinas desnudas, y el corazón lo instaba sin descanso a grandes hazañas. En esto, según se dice, se manifestó el poder de Ulmo. Porque recogía nuevas de todo lo que sucedía en Beleriand, y cada corriente que fluía desde la Tierra Media hacia el Gran Mar era para él un mensajero, tanto de ida como de vuelta; y mantenía también amistad, como antaño, con Círdan y los Carpinteros de Barcos en las Bocas del Sirion.¹ Y por ese entonces, Ulmo atendía sobre todo al destino de la Casa de Hador, porque se proponía que ellos desempeñaran un importante papel en sus planes de socorrer a los Exiliados; y conocía perfectamente el infortunio de Tuor, porque en verdad Annael y muchos de los suyos habían logrado huir de Dor-lómin y habían llegado por fin al encuentro de Círdan en el lejano Sur.

Así fue que un día a principios del año (veintitrés años habían transcurrido desde la Nirnaeth) Tuor estaba sentado junto a un manantial que brotaba cerca de las puertas de la

cueva donde él vivía; y miraba en el oeste una nubosa puesta de sol. Entonces, de pronto, el corazón le dijo que ya no seguiría esperando, sino que se pondría en pie y partiría.

—¡Abandonaré ahora las tierras grises de mi linaje que ya no existe —exclamó— e iré en busca de mi destino! Pero ¿a dónde encaminarme? Mucho tiempo he buscado la Puerta y no la he encontrado.

Entonces cogió el arpa que siempre llevaba consigo, pues era hábil en el tañido de sus cuerdas, y sin tener en cuenta el peligro de su clara voz solitaria en el yermo, cantó una canción élfica del Norte para animar los corazones. Y mientras cantaba, la fuente a sus pies empezó a bullir con gran incremento de agua, y desbordó, y un riachuelo corrió ruidoso ante él por la rocosa ladera de la colina. Y Tuor lo tomó como un signo y se puso de pie sin demora y lo siguió. De este modo descendió de las altas colinas de Mithrim y salió a la planicie de Dor-lómin al norte; y el riacho crecía sin cesar mientras él avanzaba hacia el oeste, hasta que al cabo de tres días pudo divisar en el oeste las prolongadas crestas grises de Ered Lómin que en esas regiones se extienden hacia el norte y el sur cercandando las lejanas riberas de las Costas Occidentales. Hasta esas colinas nunca había llegado Tuor en sus viajes.

La tierra se había vuelto más quebrada y rocosa otra vez al acercarse a las colinas, y pronto empezó a elevarse ante los pies de Tuor, y la corriente descendió por un lecho hendido. Pero a la luz penumbrosa del atardecer del tercer día, Tuor encontró ante sí un muro de roca, y había en él una abertura como un gran arco; y la corriente pasó por allí y se perdió. Se afligió entonces Tuor y dijo:

—¡Así pues, mi esperanza me ha engañado! El signo de las colinas sólo me ha traído a un oscuro fin en medio de la tierra de mis enemigos. —Y con el corazón apagado se sentó

entre las rocas en la alta orilla de la corriente, manteniéndose alerta a lo largo de una amarga noche sin fuego; porque era todavía el mes de Súlimë y ni el menor estremecimiento de primavera había llegado a esa lejana tierra septentrional, y un viento cortante soplaba desde el este.

Pero mientras la luz del sol naciente brillaba pálida en las lejanas nieblas de Mithrim, Tuor oyó voces, y al mirar hacia abajo vio con sorpresa a dos Elfos que vadeaban el agua poco profunda; y cuando subían por los escalones cortados en la orilla rocosa, Tuor se puso de pie y los llamó. Ellos enseguida desenvainaron las brillantes espadas y se abalanzaron sobre él. Entonces él vio que llevaban una capa gris, pero debajo iban vestidos de cota de malla; y se maravilló, porque eran más hermosos y fieros, a causa de la luz que tenían en los ojos, que nadie del pueblo de los Elfos que hubiera visto antes. Se irguió en toda su estatura y los esperó; pero cuando ellos vieron que no esgrimía arma alguna, sino que allí, de pie y solo, los saludaba en lengua élfica, envainaron las espadas y le hablaron con cortesía. Y uno de ellos dijo:

—Gelmir y Arminas somos, del pueblo de Finarfin. ¿No eres uno de los Edain de antaño que vivían en estas tierras antes de la Nirnaeth? Y en verdad del linaje de Hador y Húrin me pareces; porque tal te declara el oro de tus cabellos.

Y Tuor respondió:

—Sí, yo soy Tuor, hijo de Huor, hijo de Galdor, hijo de Hador; pero ahora por fin quiero abandonar esta tierra donde soy un proscrito y sin parientes.

—Entonces —dijo Gelmir—, si quieres huir y encontrar los puertos del Sur, ya tus pies te han puesto en el buen camino.

—Así me pareció —dijo Tuor—. Porque seguí a una súbita fuente de agua en las colinas hasta que se unió a esta corriente traidora. Pero ahora no sé a dónde dirigirme, porque ha desaparecido en la oscuridad.

—A través de la oscuridad es posible llegar a la luz —dijo Gelmir.

—No obstante es preferible andar bajo el sol mientras uno pueda —dijo Tuor—. Pero como sois de ese pueblo, decidme si podéis dónde se encuentra la Puerta de los Noldor. Porque la he buscado mucho, desde que Annael de los Elfos Grises, mi padre adoptivo, me habló de ella.

Entonces los Elfos rieron y dijeron:

—Tu búsqueda ha llegado a su fin; porque nosotros mismos acabamos de pasar esa Puerta. ¡Allí está, delante de ti! —Y señalaron el arco por donde fluía el agua.— ¡Ven pues! A través de la oscuridad llegarás a la luz. Pondremos tus pies en el camino, pero no nos es posible conducirte hasta muy lejos; porque se nos ha encomendado un recado urgente y regresamos a la tierra de la que huimos.

—Pero no temas —dijo Gelmir—: tienes escrito en la frente un alto destino, que te llevará lejos de estas tierras, lejos en verdad de la Tierra Media, según me parece.

Entonces Tuor descendió los escalones tras los Noldor y vadeó el agua fría, hasta que entraron en la oscuridad más allá del arco de piedra. Y entonces Gelmir sacó una de esas lámparas por las que los Noldor tenían renombre; porque se habían hecho antaño en Valinor, y ni el viento ni el agua las apagaban, y cuando se descubrían irradiaban una clara luz azulina desde una llama encerrada en cristal blanco.² Ahora, a la luz que Gelmir sostenía por encima de su cabeza, Tuor vio que el río empezaba de pronto a descender por una suave pendiente y entraba en un gran túnel, pero junto al lecho cortado en la roca había largos tramos de peldaños que descendían y se adelantaban hasta una profunda lóbreguez más allá de los rayos de la lámpara.

Cuando llegaron al pie de los rápidos, se encontraron bajo una gran bóveda de roca, y allí el río se precipitaba por una

abrupta pendiente con un gran ruido que resonaba en la cúpula, y seguía luego bajo otro arco y volvía a desaparecer en un túnel más profundo. Junto a la cascada los Noldor se detuvieron y se despidieron de Tuor.

—Ahora debemos volvernos y seguir nuestro camino con la mayor prisa —dijo Gelmir—; porque asuntos de gran peligro se agitan en Beleriand.

—¿Es, pues, la hora en que Turgon ha de salir? —preguntó Tuor.

Entonces los Elfos lo miraron con gran asombro.

—Ése es un asunto que concierne a los Noldor más que a los hijos de los Hombres —dijo Arminas—. ¿Qué sabes tú de Turgon?

—Poco —dijo Tuor—, salvo que mi padre lo ayudó a escapar de la Nirnaeth y que en la fortaleza escondida de Turgon vive la esperanza de los Noldor. Sin embargo, aunque no sé por qué, tengo siempre su nombre en el corazón y me sube a los labios. Y si de mí dependiese, iría a buscarlo en vez de seguir este oscuro camino de temor. A no ser, quizá, que esta ruta secreta sea el camino a su morada.

—¿Quién puede decirlo? —respondió el Elfo—. Porque así como se esconde la morada de Turgon se esconden también los caminos que llevan a ella. Yo no los conozco, aunque los he buscado mucho tiempo. Sin embargo, si los conociera, no te los revelaría a ti ni a ninguno de entre los Hombres.

Pero Gelmir dijo:

—No obstante he oído que tu Casa goza del favor del Señor de las Aguas. Y si sus designios te llevan a Turgon, entonces sin duda llegarás ante él tomes el camino que tomes. ¡Sigue ahora el camino por el que las aguas te han traído desde las colinas, y no temas! No andarás mucho tiempo en la oscuridad. ¡Adiós! Y no creas que nuestro encuentro haya sido

casual; porque el Habitante de las Honduras tiene todavía mucha influencia en esta tierra. *Anar kaluva tielyanna!*³

Con eso los Noldor se volvieron y ascendieron de vuelta las largas escaleras; pero Tuor permaneció inmóvil hasta que la luz de la lámpara desapareció, y se quedó solo en una oscuridad más profunda que la noche en medio de las cascadas rugientes. Entonces, haciendo de tripas corazón, apoyó la mano izquierda sobre el muro rocoso y tanteó el camino, lentamente en un comienzo, y luego con mayor rapidez al ir acostumbrándose a la oscuridad y no encontrar nada que lo estorbara. Y después de lo que pareció un largo rato, cuando estaba fatigado, pero sin ganas de descansar en el negro túnel, vio una luz a lo lejos por delante de él; y apresurándose llegó a una alta y estrecha hendedura y siguió la ruidosa corriente entre los muros inclinados hasta salir a una tarde dorada. Porque había llegado a un profundo y escarpado barranco que avanzaba derecho hacia el Oeste; y ante él el sol poniente bajaba por un cielo claro, brillaba en el barranco y encendía las paredes con un fuego amarillo, y las aguas del río resplandecían como oro al romper en espuma sobre muchas piedras relucientes.

En ese sitio profundo Tuor avanzaba ahora con gran esperanza y deleite, y encontró un sendero bajo el muro austral, donde había una orilla larga y estrecha. Y cuando llegó la noche y el río siguió adelante invisible, excepto por el brillo de las estrellas altas que se reflejaban en aguas oscuras, descansó y durmió; porque no sentía temor junto al agua por la que corría el poder de Ulmo.

Con la llegada del día siguió caminando, sin prisa. El sol se levantaba a sus espaldas y se ponía delante de él, y donde el agua se quebraba en espuma entre las piedras o se precipitaba en súbitas caídas, en la mañana y en la tarde se tejían arco iris

por encima de la corriente. Por tanto, le dio al barranco el nombre de Cirith Ninniach.

Así viajó Tuor lentamente tres días bebiendo el agua fría, pero sin deseo de tomar alimento alguno, aunque había muchos peces que resplandecían como el oro y la plata o lucían los colores del arco iris en la espuma. Y al cuarto día el canal se ensanchó, y los muros se hicieron más bajos y menos escarpados; pero el río corría más profundo y con más fuerza, porque unas altas colinas avanzaban ahora a cada lado, y vertían nuevas aguas en Cirith Ninniach en cascadas de un resplandor tenue. Allí se quedó Tuor largo rato sentado, contemplando los remolinos de la corriente y escuchando aquella voz interminable hasta que la noche volvió otra vez y las estrellas brillaron frías y blancas en la oscura ruta del cielo. Entonces Tuor levantó la voz y pulsó las cuerdas del arpa, y por encima del ruido del agua el sonido de la canción y las dulces vibraciones del arpa resonaron en la piedra y se multiplicaron, y se extendieron sonoras por las montañas envueltas en noche, hasta que toda la tierra vacía se llenó de música bajo las estrellas. Porque aunque no lo sabía, Tuor había llegado a las Montañas del Eco de Lammoth junto al Estuario de Drengist. Allí había desembarcado Fëanor en otro tiempo, y las voces de sus huestes crecieron hasta convertirse en un poderoso clamor sobre las costas del Norte antes del nacimiento de la Luna.⁴

Entonces Tuor, lleno de asombro, dejó de cantar y lentamente la música se desvaneció en las colinas y hubo silencio. Y entonces, en medio del silencio oyó arriba en el aire un grito extraño; y no lo reconoció. Ora decía:

—Es la voz de un duende. —O:— No, es una bestezuela gimiendo en el yermo. —Y luego, al oírla otra vez, dijo:— Seguramente es el grito de un ave nocturna que no conozco.

—Y le pareció un sonido luctuoso, y no obstante deseaba escucharlo y seguirlo, porque el sonido lo llamaba, no sabía a dónde.

Por la mañana siguiente oyó la misma voz, y alzando la mirada vio tres grandes aves blancas que batían sus alas en vuelo por el barranco en contra del viento del oeste, y las alas vigorosas les brillaban al sol recién nacido, y al pasar sobre él se oyó de nuevo su lamentosa llamada. Así, por primera vez, Tuor vio las grandes gaviotas, amadas de los Teleri. Se alzó entonces para seguir las, y queriendo observar hacia dónde volaban trepó la ladera de la izquierda y se irguió en la cima y sintió contra la cara un fuerte viento venido del Oeste; y los cabellos se le agitaban. Y bebió profundamente ese aire nuevo y dijo:

—¡Esto anima el corazón como un sorbo de vino fresco!
—Pero no sabía que el viento llegaba reciente del Gran Mar.

Ahora bien, Tuor se puso en marcha una vez más en busca de las gaviotas, caminando muy por encima del río; y mientras avanzaba, los lados del barranco se iban uniendo otra vez, y así llegó a un estrecho canal, lleno del gran estrépito del agua. Y al mirar hacia abajo, le pareció que estaba viendo una gran maravilla; porque una salvaje marejada avanzaba por el estrecho y luchaba contra el río, que seguía precipitándose hacia adelante, y una ola como un muro se levantó casi hasta el borde del acantilado, coronada de crestas de espuma que volaban al viento. Entonces el río fue empujado hacia atrás y la marejada avanzó rugiente por el canal anegándolo con aguas profundas, y las piedras pasaban rodando como truenos. Así la llamada de las aves marinas salvó a Tuor de la muerte en la marea alta; y era ésta muy grande por causa de la estación del año y del fuerte viento que soplaba del mar.

Pero la furia de las extrañas aguas desanimó a Tuor, que se volvió y se alejó hacia el sur, de modo que no llegó a las largas

costas del Estuario de Drengist, sino que erró aún algunos días por un páramo áspero despojado de árboles; y un viento que venía del mar barría este campo, y todo lo que allí crecía, hierba o arbusto, se inclinaba hacia el alba porque prevalecía el viento del Oeste. De este modo Tuor llegó a los bordes de Nevrast, donde otrora había morado Turgon; y por fin, sin advertirlo (porque las cimas del acantilado donde terminaba la tierra eran más altas que las cuevas que había por detrás) llegó súbitamente al borde negro de la Tierra Media y vio el Gran Mar, Belegaer Sin Orillas. Y a esa hora el sol descendía más allá de los márgenes del mundo como una llamarada poderosa; y Tuor se irguió sobre el acantilado con los brazos extendidos y una gran nostalgia le ganó el corazón. Se dice que fue el primero de los Hombres en llegar al Gran Mar, y que nadie, salvo los Eldar, sintió nunca tan profundamente el anhelo que él despierta.

Tuor se demoró varios días en Nevrast, y le pareció bien hacerlo porque esa tierra, protegida por montañas del Norte y el Este y próxima al mar, era de clima más dulce y templado que las llanuras de Hithlum. Hacía mucho que estaba acostumbrado a vivir como cazador solitario en las tierras salvajes y no le faltó alimento; porque la primavera se afanaba en Nevrast, y el aire se llenaba de ruido de pájaros, tanto de los que moraban en multitudes en las costas como los que abundaban en los marjales de Linaewen en medio de las tierras bajas; pero en aquellos días no se oían en todas aquellas soledades voces de Elfos ni de Hombres.

Llegó Tuor hasta los bordes de la gran laguna, pero las vastas ciénagas y los apretados bosques de juncos que se extendían en derredor le impedían alcanzar las aguas; y no tardó en volverse y regresar a las costas, porque el Mar lo atraía, y no estaba dispuesto a quedarse mucho tiempo donde no

podiera oír el sonido de las olas. Y en esas costas Tuor encontró por vez primera huellas de los Noldor de antaño. Porque entre los altos acantilados abiertos por las aguas al sur de Drengist había muchas ensenadas y calas con playas de arena blanca entre las negras piedras resplandecientes, y Tuor descubrió a menudo escaleras tortuosas talladas en la piedra viva que descendían hasta esos lugares; y junto al borde del agua había muelles en ruinas contruidos con grandes bloques de piedra sacados de los acantilados, donde antaño se amarraban los navíos de los Elfos. En esas regiones Tuor se quedó mucho tiempo contemplando el mar siempre cambiante, mientras el año se consumía lentamente, dejando atrás la primavera y el verano, y la oscuridad crecía en Beleriand, y el otoño del aciago destino de Nargothrond estaba acercándose.

Y, quizá, los pájaros vieron desde lejos el fiero invierno que se aproximaba;⁵ porque los que acostumbraban a migrar hacia el sur se agruparon temprano para partir, y los que solían habitar en el norte volvieron de sus hogares a Nevrast. Y un día, mientras Tuor estaba sentado en la costa, oyó un sibilante batir de grandes alas y miró hacia arriba y vio siete cisnes blancos que volaban en una rápida cuña hacia el sur. Pero cuando estuvieron sobre él, giraron y descendieron de pronto y se dejaron caer ruidosamente salpicando agua.

Ahora bien, Tuor amaba a los cisnes, a los que había conocido en los estanques grises de Mithrim; y el cisne además había sido el símbolo de Annael y su familia adoptiva. Se puso en pie por tanto para saludar a las aves y las llamó maravillado al ver que eran de mayor tamaño y más orgullosas que ninguna otra de su especie que hubiera visto nunca; pero ellas batieron las alas y emitieron ásperos gritos como si estuvieran enfadadas con él y quisieran echarlo de la costa. Luego, con gran ruido, se alzaron otra vez de las aguas y volaron por en-

cima de la cabeza de Tuor, de modo que el aleteo sopló sobre él como un viento sibilante; y girando en un amplio círculo subieron por el aire y se alejaron hacia el sur.

Entonces Tuor exclamó en voz alta:

—¡He aquí otro signo de que me he demorado demasiado tiempo! —Y enseguida trepó a la cima del acantilado y allí vio todavía a los cisnes que giraban en las alturas; pero, cuando se volvió hacia el sur y empezó a seguirlos, desaparecieron volando rápidamente.

Tuor viajó hacia el sur a lo largo de la costa durante siete días completos, y cada día lo despertaba un batir de alas sobre él en el alba, y cada día los cisnes avanzaban volando mientras él los seguía. Y mientras andaba, los altos acantilados se hacían más bajos y las cimas se cubrían de hierbas altas y florecidas; y hacia el este había bosques que amarilleaban con el desgaste del año. Pero por delante de él, cada vez más cerca, veía una línea de altas colinas que le cerraban el camino y se extendían hacia el oeste hasta terminar en una alta montaña: una torre oscura y tocada de nubes, asentada sobre hombros poderosos por encima de un gran cabo verde que se adentraba en el mar.

Esas colinas grises eran en verdad las estribaciones occidentales de Ered Wethrin, el cerco septentrional de Beleriand, y la montaña era el Monte Taras, la más occidental de las torres de esa tierra y lo primero que veía el marinero desde millas de mar adentro al acercarse a las costas mortales. Turgon había morado en otro tiempo bajo las prolongadas laderas, en las salas de Vinyamar, las más antiguas obras de mampostería de cuantas levantarán los Noldor en las tierras del exilio. Allí se alzaba todavía, desolada pero perdurable, alta sobre amplias terrazas que miraban al mar. Los años no la habían sacudido, y los servidores de Morgoth no se habían fijado en ella;

pero el viento y la lluvia y la escarcha la habían esculpido, y sobre la albardilla de los muros y las grandes tejas de la techumbre crecían frondosas plantas de un verde grisáceo que, viviendo del aire salino, medraban aun en las hendeduras de la piedra estéril.

Llegó entonces Tuor a las ruinas de un camino perdido, pasó entre montículos verdes y piedras inclinadas, y de ese modo llegó, cuando menguaba el día, a la vieja sala con los patios altos y barridos por el viento. Ninguna sombra de temor o mal acechaba allí, pero se vio sobrecogido al pensar en los que habían vivido allí y ahora habían partido sin que nadie supiera dónde: el orgulloso pueblo, inmortal pero condenado, venido desde mucho más allá del Mar. Y se volvió y miró, como los ojos de ellos habían mirado a menudo, el resplandor de las aguas inquietas que se perdían a lo lejos. Entonces se volvió otra vez y vio que los cisnes se habían posado en la terraza más alta, delante de la puerta occidental de la sala; y batieron las alas y a Tuor le pareció que le hacían señas de que entrase. Entonces Tuor subió por las anchas escaleras, ahora medio ocultas entre la armería y el musgo florecido y pasó bajo el poderoso dintel y penetró en las sombras de la casa de Turgon; y llegó por fin a una sala de altas columnas. Si grande había parecido desde fuera, ahora vasta y magnífica le pareció desde dentro, y por respetuoso temor no quiso despertarla con los ecos de su vacío. Nada podía ver allí salvo, en el extremo oriental, un alto asiento sobre un estrado, y tan sigilosamente como pudo se acercó a él; pero el sonido de sus pies resonaba sobre el suelo pavimentado como los pasos del destino, y los ecos corrían delante de él por los pasillos de columnas.

Al llegar delante de la gran silla en la penumbra y ver que estaba tallada en una única piedra y cubierta de signos extraños, el sol poniente llegó al nivel de una alta ventana bajo el faldón occidental y un haz de luz impactó en el muro que tenía enfrente y resplandeció como sobre metal bruñido. Entonces Tuor, maravillado, vio que en el muro de detrás del trono colgaban un escudo y una magnífica cota de malla y un yelmo y una larga espada envainada. La cota resplandecía como labrada en plata sin mácula, y el rayo de sol la doraba con chispas de oro. Pero el escudo le pareció extraño a Tuor, pues era largo y ahusado; y su campo era azul y el emblema grabado en el centro era el ala blanca de un cisne. Entonces Tuor habló, y su voz resonó como un desafío en la techumbre:

—Por esta señal tomaré estas armas para mí y sobre mí cargaré el destino que deparen.⁶ —Y levantó el escudo y lo encontró más liviano y fácil de manejar de lo que había supuesto; porque parecía que estaba hecho de madera, pero con suma habilidad los Elfos herreros lo habían cubierto de láminas de metal, fuertes y sin embargo delgadas como hojuelas, por lo que se había protegido de la carcoma y del desgaste del tiempo.

Entonces Tuor se puso la cota y se cubrió la cabeza con el yelmo y se ciñó la espada; negros eran la vaina y el cinturón con hebilla de plata. Así armado salió de la sala de Turgon y se mantuvo erguido en las altas terrazas de Taras a la luz roja del sol. Nadie había allí que lo viera mientras miraba hacia el oeste, resplandeciente de plata y de oro, y no sabía él que en aquel momento lucía como uno de los Poderosos del Oeste, capaz de ser el padre de los reyes de los Reyes de los Hombres más allá del Mar; y ése era en verdad su destino;⁷ pero al tomar las armas un cambio había ocurrido en Tuor hijo de Huor, y el corazón le creció dentro del pecho. Y cuando salió

por las puertas los cisnes le rindieron homenaje, y arrancándose cada uno una gran pluma del ala se la ofrecieron tendiendo los largos cuellos sobre la piedra ante los pies de Tuor; y él tomó las siete plumas y las puso en la cresta del yelmo, y enseguida los cisnes levantaron vuelo y se alejaron hacia el norte a la luz del sol poniente, y Tuor ya no los vio más.

Tuor sintió entonces que sus pies lo llevaban a la playa y descendió las largas escaleras hasta una amplia orilla, en el lado septentrional de Taras-ness; y mientras caminaba vio que el sol se hundía en una gran nube negra que asomaba sobre el mar cada vez más oscuro; y el aire se enfrió, y hubo una agitación y un murmullo como de una tormenta que acecha. Y Tuor estaba en la orilla y el sol parecía un incendio humeante tras la amenaza del cielo; y le pareció que una gran ola se alzaba en la lejanía y avanzaba hacia tierra, pero el asombro lo retuvo y permaneció allí inmóvil. Y la ola avanzó hacia él y había sobre ella algo semejante a una neblina de sombra. Entonces, de pronto, se encrespó y se quebró y se precipitó hacia adelante en largos brazos de espuma; pero allí donde se había roto se erguía oscura sobre el fondo de la tormenta en alza una forma viviente de gran altura y majestad.

Entonces Tuor se inclinó reverente, porque le pareció que contemplaba a un rey poderoso. Llevaba una gran corona que parecía de plata y de la que le caían los largos cabellos como una espuma que brillaba pálida en el crepúsculo; y al echar atrás el manto gris que lo cubría como una bruma, ¡oh, maravilla!, estaba vestido con una cota refulgente que se le ajustaba como las escamas de un pez poderoso y con una túnica de color verde profundo que resplandecía y titilaba como los fuegos marinos mientras él caminaba a paso largo y lento hacia la orilla. De esta manera el Habitante de las Profundidades, a quien los Noldor llaman Ulmo, Señor de las Aguas,

se manifestó ante Tuor, hijo de Huor, de la casa de Hador bajo Vinyamar.

No puso pie en la costa, y hundido hasta las rodillas en el mar sombrío, le habló a Tuor, y por la luz de sus ojos y el sonido de su voz profunda, que parecía provenir de los cimientos del mundo, el miedo ganó a Tuor, que se arrojó de bruces sobre la arena.

—¡Levántate, Tuor, hijo de Huor! —dijo Ulmo—. No temas mi cólera, aunque mucho tiempo te llamé sin que me escucharas; y habiéndote puesto por fin en camino, te retrastaste en el viaje hacia aquí. Tenías que haber llegado en primavera; pero ahora un fiero invierno vendrá pronto desde las tierras del Enemigo. Debes aprender a obrar más deprisa, y el camino placentero que tenía designado para ti ha de cambiarse. Porque mis consejos han sido despreciados,⁸ y un gran mal se arrastra por el Valle del Sirion y ya una hueste de enemigos se ha interpuesto entre tú y tu meta.

—¿Y cuál es mi meta, Señor? —preguntó Tuor.

—La que tu corazón siempre ha buscado —respondió Ulmo—: encontrar a Turgon y contemplar la ciudad escondida. Porque te has ataviado de ese modo para ser mi mensajero, con las armas que desde hace mucho tenía dispuestas para ti. Pero ahora has de atravesar el peligro sin que nadie te vea. Envuélvete por tanto en esta capa y no te la quites hasta que hayas llegado al final del viaje.

Entonces le pareció a Tuor que Ulmo partía su manto gris y le arrojaba un trozo que al caer sobre él fue como una gran capa con la que podía envolverse enteramente, desde la cabeza a los pies.

—De ese modo caminarás bajo mi sombra —dijo Ulmo—. Pero no te demores más; porque la sombra no resistirá en las tierras de Anar y en los fuegos de Melkor. ¿Llevarás mi recado?

—Lo haré, Señor —dijo Tuor.

—Entonces pondré palabras en tu boca que dirás a Turgon —dijo Ulmo—. Pero primero he de enseñarte, y oirás algunas cosas que no ha oído nunca Hombre alguno, no, ni siquiera los poderosos de entre los Eldar. —Y Ulmo le habló a Tuor de Valinor y de su oscurecimiento, y del Exilio de los Noldor y la Maldición de Mandos y del ocultamiento del Reino Bendecido.— Pero ten en cuenta —le dijo— que en la armadura del Hado (como los Hijos de la Tierra lo llaman) hay siempre una fisura y en los muros del Destino una brecha hasta la plena consumación que vosotros llamáis el Fin. Así será mientras yo persista, una voz secreta que contradice y una luz donde se decretó la oscuridad. Por tanto, aunque en los días de esta oscuridad parezca oponerme a la voluntad de mis hermanos, los Señores del Oeste, ésa es la parte que me corresponde entre ellos y para la que fui designado antes de la hechura del Mundo. Pero el Destino es fuerte y la sombra del Enemigo se alarga; y yo estoy disminuido; en la Tierra Media ya no soy más que un secreto susurro. Las aguas que manan hacia el oeste menguan, y las fuentes están envenenadas, y mi poder se retira de la tierra; porque los Elfos y los Hombres ya no me ven ni me oyen por causa del poder de Melkor. Y ahora la Maldición de Mandos se precipita hacia su consumación, y todas las obras de los Noldor perecerán, y todas las esperanzas que abrigaron se desmoronarán. Sólo queda la última esperanza, la esperanza que no han previsto ni preparado. Y esa esperanza radica en ti; porque así yo lo he decidido.

—¿Entonces Turgon no se opondrá a Morgoth como todos los Eldar lo esperan todavía? —preguntó Tuor—. ¿Y qué queréis vos de mí, Señor, si llego ahora ante Turgon? Porque aunque estoy en verdad dispuesto a hacer como mi padre, y apoyar a ese rey en su necesidad, no obstante de poco serviré,

un mero hombre mortal, entre tantos y tan valientes miembros del Alto Pueblo del Oeste.

—Si decidí enviarte, Tuor hijo de Huor, no creas que tu espada es indigna de la misión. Porque los Elfos recordarán siempre el valor de los Edain, mientras las edades se prolonguen, maravillados de que diesen su vida sin dudarlos, teniendo tan poco de ella en la tierra. Pero no te envió sólo por tu valor, sino para llevar al mundo una esperanza que tú ahora no alcanzas a ver, y una luz que horadará la oscuridad.

Y mientras Ulmo decía estas cosas, el murmullo de la tormenta creció hasta convertirse en un gran aullido, y el viento se levantó, y el cielo se volvió negro; y el manto del Señor de las Aguas se extendió como una nube flotante.

—Vete ahora —le dijo Ulmo—. ¡No sea que el Mar te devore! Porque Ossë obedece la voluntad de Mandos y está airado, pues es sirviente del Destino.

—Sea como vos mandáis —dijo Tuor—. Pero si escapo del Destino, ¿qué palabras le diré a Turgon?

—Si llegas ante él —respondió Ulmo—, las palabras aparecerán en tu mente, y tu boca hablará como yo quiera. ¡Habla y no temas! Y en adelante haz lo que tu corazón y tu valor te dicten. Lleva siempre mi manto, porque así estarás protegido. Salvaré a uno de la cólera de Ossë, y te lo enviaré, y de ese modo tendrás guía: sí, el último marinero del último navío que irá hacia el Occidente, hasta la elevación de la Estrella. ¡Vuelve ahora a tierra!

Entonces estalló un trueno y un relámpago resplandeció sobre el mar; y Tuor vio a Ulmo de pie entre las olas como una torre de plata que titilara con llamas refulgentes; y gritó contra el viento:

—¡Ya parto, Señor! Pero ahora mi corazón siente nostalgia del Mar.

Y entonces Ulmo alzó un cuerno poderoso y sopló una única gran nota, ante la cual el rugido de la tormenta parecía una ráfaga de viento sobre un lago. Y cuando oyó esa nota, y fue rodeado por ella, y con ella colmado, le pareció a Tuor que las costas de la Tierra Media se desvanecían, y contempló todas las aguas del mundo en una gran visión: desde las venas de las tierras hasta las desembocaduras de los ríos, y desde las riberas y los estuarios hasta las profundidades. Al Gran Mar lo vio a través de sus inquietas regiones, habitadas de formas extrañas, aun hasta los abismos privados de luz, en los que en medio de la sempiterna oscuridad resonaban voces terribles para los oídos mortales. Las planicies inconmensurables las contempló con la rápida mirada de los Valar; se extendían en calma bajo la mirada de Anar, o resplandecían bajo la Luna cornamentada o se alzaban en montañas de cólera que rompían sobre las Islas Sombrías,⁹ hasta que a lo lejos, en el límite de la visión, y más allá de incontables leguas, atisbó una montaña que se levantaba a alturas a las que no alcanzaba su mente, hasta tocar una nube brillante, y a sus pies brillaban tenuemente las largas olas. Y mientras se esforzaba por oír el sonido de esas olas lejanas, y por ver con mayor claridad esa luz distante, la nota murió, y Tuor se encontró bajo los truenos de la tormenta, y un relámpago de múltiples brazos rasgó los cielos por encima de él. Y Ulmo se había ido, y en el mar tumultuoso las salvajes olas de Ossë chocaban contra los muros de Nevrast.

Entonces Tuor huyó de la furia del mar, y con trabajo consiguió volver por el camino a las altas terrazas; porque el viento lo llevaba contra el acantilado, y cuando llegó a la cima lo hizo caer de rodillas. Por tanto, entró de nuevo a la oscura sala abandonada en busca de protección, y permaneció sentado toda la noche en el asiento de piedra de Turgon. Aun las

columnas temblaban por la violencia de la tormenta, y le pareció a Tuor que el viento estaba lleno de lamentos y de gritos frenéticos. No obstante, la fatiga lo venció a ratos, y durmió perturbado por sueños, de los que ningún recuerdo le quedó en la vigilia, salvo uno: la visión de una isla, y en medio de ella había una escarpada montaña, y detrás de ella se ponía el sol, y las sombras cubrían el cielo; pero por encima de la montaña brillaba una única estrella deslumbrante.

Después de este sueño, Tuor durmió profundamente, porque antes de que la noche hubiera terminado, la tormenta se alejó arrastrando consigo los nubarrones negros hacia el Oriente del mundo. Despertó por fin a una luz grisácea, y se levantó y abandonó el alto asiento, y cuando bajó a la sala en penumbras vio que estaba llena de aves marinas ahuyentadas por la tormenta; y salió mientras las últimas estrellas se desvanecían en el Oeste ante la llegada del día. Entonces vio que las grandes olas de la noche habían avanzado mucho tierra adentro, y habían arrojado sus crestas por encima de la cima de los acantilados, y guijarros del mar y algas cubrían aun las terrazas delante de las puertas. Y al mirar desde la terraza más baja, Tuor vio, apoyado contra el muro, entre piedras y despojos del mar, a un Elfo que vestía una capa gris empapada de agua marina. Sentado, en silencio, miraba más allá de la ruina de las playas las largas lomas de las olas. Todo estaba quieto, y no había otro sonido que el de la impetuosa marejada.

Al ver Tuor la silenciosa figura gris, recordó las palabras de Ulmo y le vino a los labios un nombre que nadie le había enseñado, y dijo en alta voz:

—¡Bienvenido, Voronwë! Te esperaba.¹⁰

Entonces el Elfo se volvió y miró hacia arriba, y Tuor se encontró con la penetrante mirada de unos ojos grises como

el mar, y supo que pertenecía al alto pueblo de los Noldor. Pero hubo miedo y asombro en la mirada del Elfo cuando vio a Tuor erguido en el muro por encima de él, vestido con una gran capa que era como una sombra, cubriéndole una malla élfica que asomaba resplandeciente en el pecho.

Así permanecieron un momento, examinándose las caras, y entonces el Elfo se puso en pie y se inclinó ante Tuor.

—¿Quién sois, señor? —preguntó—. Durante mucho tiempo he luchado contra el implacable mar. Decidme: ¿ha habido grandes nuevas desde que abandoné la tierra? ¿Fue vencida la Sombra? ¿Ha salido el Pueblo Escondido?

—No —respondió Tuor—. La Sombra se alarga, y los Escondidos permanecen escondidos.

Entonces Voronwë se quedó mirándolo largo tiempo en silencio.

—Pero ¿quién sois? —volvió a preguntar—. Porque hace muchos años que mi pueblo abandonó estas tierras, y ninguno de ellos ha morado aquí desde entonces. Y ahora advierto que a pesar de vuestro atuendo no sois uno de ellos, como yo pensaba, sino que pertenecéis a la raza de los Hombres.

—Así es —dijo Tuor—. ¿Y no eres tú el último marinero del último navío en salir en busca del Oeste desde los Puertos de Círdan?

—Lo soy, en efecto —dijo el Elfo—. Voronwë, hijo de Aranwë. Pero cómo conocéis mi nombre y mi destino, no lo entiendo.

—Los conozco porque el Señor de las Aguas habló conmigo la víspera —respondió Tuor—, y dijo que te salvaría de la cólera de Ossë, y que te enviaría aquí con el fin de que fueras mi guía.

Entonces con miedo y asombro Voronwë exclamó:

—¿Habéis hablado con Ulmo el Poderoso? ¡Grandes han de ser entonces en verdad vuestro valor y vuestro destino! Pero

¿a dónde habré de guiaros, señor? Porque de seguro sois un rey de Hombres, y muchos han de obedecer vuestra palabra.

—No, soy un esclavo fugado —dijo Tuor—, y soy un proscrito solitario en una tierra desierta. Pero tengo un recado para Turgon, el Rey Escondido. ¿Sabes por qué camino llegar a él?

—En estos malhadados días, muchos de los proscritos y esclavos no nacieron en esa condición —respondió Voronwë—. Un señor de Hombres sois por derecho, según me parece. Pero, aun cuando fuerais el más digno de todo vuestro pueblo, no tendríais derecho a ir en busca de Turgon, y vano sería que lo intentaseis. Porque aun cuando yo os condujera hasta sus puertas, no podríais entrar.

—No te pido que me lleves sino hasta esas puertas —dijo Tuor—. Allí el Destino luchará con los Designios de Ulmo. Y si Turgon no me recibe, mi misión habrá acabado, y el Destino será el que prevalezca. Pero en cuanto a mi derecho de ir en busca de Turgon: yo soy Tuor, hijo de Huor y pariente de Húrin, nombres que Turgon no habrá de olvidar. Y lo busco también por orden de Ulmo. ¿Habrá de olvidar Turgon lo que éste le dijo antaño: «Recuerda que la última esperanza de los Noldor ha de llegar del Mar?» O también: «Cuando el peligro esté cerca, uno vendrá de Nevrast para advertírtelo.»¹¹ Yo soy el que había de venir, y estoy así investido con las armas que me estaban destinadas.

Tuor se maravilló de oírse a sí mismo hablar de ese modo, porque las palabras que Ulmo le dijo a Turgon al partir de Nevrast no le eran conocidas de antemano, ni a nadie salvo al Pueblo Escondido. Por lo mismo, tanto más asombrado estaba Voronwë; pero se volvió y miró el Mar y suspiró.

—¡Ay! —dijo—. No querría volver nunca. Y a menudo he prometido en las profundidades del mar que si alguna vez pusiera el pie otra vez en tierra, moraría en paz lejos de la Sombra del Norte, o junto a los Puertos de Círdan, o quizá en

los bellos prados de Nan-tathren, donde la primavera es más dulce que los deseos del corazón. Pero si el mal ha crecido desde que partí de viaje y el peligro definitivo acecha a mi pueblo, entonces debo regresar a él. —Se volvió hacia Tuor.— Os guiaré hasta las puertas escondidas —dijo—, porque los prudentes no han de desoír los consejos de Ulmo.

—Entonces marcharemos juntos como se nos ha aconsejado —dijo Tuor—. Pero ¿no te aflijas, Voronwë! Porque mi corazón me dice que tu largo camino te conducirá lejos de la Sombra, y que tu esperanza volverá al Mar.¹²

—Y también la vuestra —dijo Voronwë—. Pero ahora tenemos que abandonarlo e ir deprisa.

—Sí —dijo Tuor—. Pero ¿a dónde me llevarás y a qué distancia? ¿No hemos de pensar primero cómo viajaremos por las tierras salvajes, o si el camino es largo, cómo pasar el invierno sin abrigo?

Pero Voronwë no dio una respuesta clara acerca del camino.

—Vos conocéis la fortaleza de los Hombres —dijo—. En cuanto a mí, pertenezco a los Noldor, y grande ha de ser el hambre y frío el invierno que maten al pariente de los que atravesaron el Hielo Crujiente. ¿Cómo creéis que pudimos aguantar durante días incontables en los yermos salados del mar? ¿Y no habéis oído del pan de viaje de los Elfos? Aún conservo el que todos los marineros guardan hasta el final. —Entonces le mostró bajo la capa una cartera sellada sujeta con una hebilla al cinturón.— Ni el agua ni el tiempo lo dañan en tanto esté sellado. Pero hemos de racionarlo hasta que sea mucha la necesidad; y sin duda un proscrito y cazador habrá de encontrar otro alimento antes de que el año empeore.

—Quizá —dijo Tuor—. Pero no en todas las tierras es posible cazar sin riesgo, por abundantes que sean las presas. Y los cazadores se demoran en los caminos.